

CUATRO “EJERCICIOS” (¿NUEVOS?) PARA “EL QUE DA EJERCICIOS” HOY

Precis: Los Ejercicios están hechos para gente real en todas sus variadas condiciones. Los que dan los Ejercicios tienden a buscar cualidades de oración y sentido religioso. Más bien han de ver a Dios que actúa, en todo el bien que la gente hace. Al igual que Cristo, deben identificar ese bien e inflamarlo con el evangelio. Es ésta la función 'misionera' de los Ejercicios, empezada por Ignacio. Al encontrar a Dios en sí mismo, aquel que da los Ejercicios se convierte sin cesar por las gracias concedidas a los que hacen los Ejercicios. Los Ejercicios Ignacianos auténticos empiezan con el sujeto que puede hacerlos.

El “hoy” tiene que ver, y no poco, con la actitud profunda de muchos creyentes respecto a la Iglesia. O, más propiamente, con actitudes profundas de la Iglesia misma, que somos los que nos decimos creyentes, con respecto a sí misma. Entiendo que se me pide un pequeño testimonio personal sobre qué hago o quiero hacer, o creo que se debe hacer, desde los Ejercicios, para que la Iglesia, — la comunidad de los que vamos siendo salvados y, por ello, comprometidos en ayudar a salvar —, seamos más la Iglesia de Jesús. La complejidad de este intento es obvia. Hay, en la práctica, muchos modos, niveles, ritmos de crecimiento y de maduración, o de desaliento y miedo, en la conciencia de Iglesia de los individuos concretos. También de los que damos Ejercicios. Se puede afirmar que cada uno tenemos el nuestro.

En un temerario intento de clasificación elemental, podemos encontrarnos hoy en medio de un cuádruple fenómeno y salpicados, en más o en menos, por él:

1) el de una religiosidad difusa, en ocasiones hasta bullente, ansiosa, angustiada, ecléctica, expresión de la necesidad subjetiva de buscar

salvación fuera de sí mismos y de agarrarse a una tabla, a cualquiera, o de fabricársela, propia de ocasiones de naufragio, de confusión o de catástrofe. Hace años que S.S. Juan Pablo II se refirió a este fenómeno como ambiguo o, lo que es lo mismo, necesitado de discernimiento.

Mientras por un lado los hombres dan la impresión de ir detrás de la prosperidad material y de sumergirse cada vez más en el materialismo consumístico, por otro manifiestan la angustiosa búsqueda de sentido, la necesidad de interioridad, el deseo de aprender nuevas formas de concentración y de oración. No sólo en las culturas impregnadas de religiosidad, sino también en las sociedades secularizadas, se busca la dimensión espiritual de la vida como antídoto a la deshumanización. Este fenómeno así llamado del “retorno religioso” no carece de ambigüedad, pero también encierra una invitación” (*Redemptoris missio*, 38, año 1990).

2) En el extremo opuesto nos golpea, por dentro y por fuera, una desafección más o menos crispada y un despegue y toma de distancia de la que con no poca impropiedad llamamos la Iglesia “oficial” . Refiriéndose a Europa, el Papa lo ha descrito recientemente como “*pérdida de la memoria y de la herencia cristiana, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia*” (*Ecclesia in Europa*, 7).

3) En medio, una gran masa de gente buena, buenísima, domesticada y domesticable, fácilmente influenciable y manejable, que expresa entusiasmos puntuales en ocasiones puntuales, que alimenta su fe de una religiosidad de ritos a los que permanece fiel, en paralelo o hasta en enfrentamiento con una vida cuyos “valores” chocan con los del Evangelio. A veces, ante acontecimientos importantes de la humanidad nos sorprende con reacciones y solidaridades llenas de sentido común y de Evangelio.

4) Y, finalmente, — tal vez sería injusto llamarlo así —, “el resto de Israel”, que cuida, cada día, su fidelidad a la “alianza” con una se comprometi-

da, — como es esencial a la fe —, “que se hace vida en la práctica del amor” (Gal 5,6), en medio de un mundo resistente a construirse precisamente desde esa caridad.

De todo ello, manifestado en sorprendentes mezclas y vaivenes, en ocasiones muy extremos, que fragmentan el corazón humano concreto, encontramos continuamente abundantes ejemplos vivos quienes nos dedicamos hoy a dar Ejercicios. Incluso en los medios eclesiales que llamamos “consagrados”. En realidad lo son todos. Y esto puede ponernos en la pista de lo que Dios nos está llamando a hacer, para lo que los Ejercicios espirituales pueden ser un medio excepcional.

Primer ejercicio

Es evidente que el fondo de muchas de esas situaciones esbozadas (1-3) es una ignorancia casi siempre inculpable. “No saben lo que hacen” (Lc 23,34), sigue hoy diciendo Cristo al Padre por nosotros. Quienes, por misericordia, vamos sabiendo “algo” no podemos ocultar bajo el celemín “lo que hemos visto, oído y palpado del Verbo de la vida” (1Jn, 1, 1-3). Es éste un *primer ejercicio* que corresponde al *subieto* (la persona entera, madura y responsable) del que da Ejercicios. Si hace falta *subieto* para hacerlos, mucho más para darlos.

*es éste un primer ejercicio
que corresponde al subieto
del que da Ejercicios. Si
hace falta subieto para
hacerlos, mucho más
para darlos*

Se trata de un ejercicio (gimnasia interior personal) de “*kénosis*”, que Pablo sintetizó en su “*hacerse todo a todos*” (1Cor 9, 19-23). Si el vaciamiento desbordante del Hijo es el modo de revelación del Padre, el vaciamiento cristiano del servidor será su traducción más clara o menos incorrecta. El ejercicio primero que Ignacio propone al que da ejercicios, el de “*se han de aplicar los tales ejercicios*” [18], comienza ya por esta gimnasia servidora interior, insustituible por nada. Mostrará su madurez y su responsabilidad cristianas en no ser una persona anclada a un texto, ni propio ni de Ignacio. Ciertamente, no podrá

prescindir de éste. Se sabe testigo y servidor de una relación "Dios — ejercitante, ejercitante — Dios", que le sobrepasa, mediante una relación, la suya, con los dos, para la que el texto de Ignacio le es indispensable. Pero no como una herramienta externa, que se toma o se deja, a conveniencia o por norma, sino como un proceso pedagógico incorporado a su propia persona. Un "modo de ser", que le proyecta fuera, en el otro, en un "modo de proceder" que utiliza para "ayudar" a otros al tiempo que se sabe y se experimenta "ayudado": *"a fin de ser yo también tomado por el evangelio"* (1 Cor, 9,23). Dar ejercicios es una forma consciente de hacerlos. Y de dejarse hacer por ellos.

Segundo ejercicio

En realidad es el primero. Es el ejercicio de una mirada misericordiosa sobre este mundo, presente en el hombre y la mujer ejercitantes, que buscan a Dios, que son buscados por Él, que ya van siendo encontrados por Él. Querer hacer Ejercicios es una prueba de haber sido encontrados ya. Y todavía mayor prueba de ello son los planteamientos honrados de su vida, aunque no sean explícitamente referidos al Evangelio. Complemento necesario de esta mirada es el "vaciar" servidor del primer ejercicio.

*¿No debemos
rea-vi-va-r la fuerza
"misionera" de los
Ejercicios,
midiendo más y...*

La primera mirada del que da ejercicios, como las miradas de Cristo, no ha de ser al vacío de conciencia sobre Dios del que los hace, sino a la realidad de Dios ya presente y activo en él. En nuestra sociedad hoy, — incluso en nuestra Iglesia —, muchas veces los signos de ese Dios presente no son los de la religiosidad que expresan, sino los de la honradez que viven. La misericordia los detecta, los reconoce y los sirve. Porque misericordia no es, sólo ni principalmente, prontitud para cubrir con un velo de piedad las miserias de los hombres, sino intuición y habilidad para hacer aflorar a su conciencia, descubriéndolo en sus propias obras, al Dios que los habita (*Dives in misericordia*, 6).

Las consecuencias prácticas de esta "mirada" en orden a determinar

quién tiene *subiecto*, o no, para hacer ejercicios y qué ejercicios, son innumerables. Todavía recientes sondeos sobre las condiciones que consideramos necesarias para determinar si hay o no *subiecto* para hacerlos, ponen el acento en si tiene mucha, poca, o ninguna experiencia de oración, si tiene deseos, deseos vehementes, “deseos de deseos”, si es capaz de comprometerse a una disciplina de oración-examen, de confrontación...

La expresión más auténtica de esos “deseos” no tienen por qué ser prácticas o signos religiosos, ni voluntarismos ascéticos, sino bienaventuranzas germinadas ya, o que empiezan a germinar, en su vida. Incluso en el fondo de actitudes aparentemente arreligiosas y agnósticas de las figuras 1 y 2 anteriores y debajo de numerosas ambigüedades, contradicciones e incoherencias (patrimonio de todos los humanos), en la honradez voluntaria de sus vidas se esconde un deseo vivo y activo, que el que da ejercicios debe pronto iluminar y hacer aflorar, porque es “*encendido de Dios*” (Ignacio de Loyola)

Así actuaba Jesús. ¿Qué significa, si no, que se atreviera a afirmar, en medio de un pueblo “religioso”, que muchos de los “no practicantes” “*os precederán en el Reino de los cielos*” (Mt 21, 31)? ¿Por qué lamentarnos hoy de que cierto tipo de personas, hombres sobre todo, no se planteen o sólo con repugnancia interior y con una especie de pudor vergonzoso el hacer Ejercicios? ¿Por qué empeñarnos en exigirles para ello el cumplimiento de una serie de prácticas y observancias “religiosas” a quienes en sus formas “seculares” de desvivirse por los demás están dando signos de vivir ya el Principio y Fundamento y de haber empezado a hacer realidad en sus vidas el ideal ignaciano de “*salir de su propio amor querer e interés*” [189]?

¿No estaremos, — bajo capa de cualificar los Ejercicios —, corriendo el riesgo de acomodarlos y de convertirlos en una especie de servicio de cirugía estética para elites muy especiales? O ¿no estamos experimentando ya la necesidad de rescatarlos de que deriven a una especie de “devoción”, una medicina para prevenir o curar desde un resfriado a una gran

...atendiendo más a lo que hay de “vida” en el futuro ejercitante, que a su “religiosidad”?

fiebre? Si son una vía que, como a Ignacio, nos ha de abrir a la conversión permanente (que eso es la fe) a vivir como vivió Jesucristo, ¿no deberíamos esforzarnos en descubrir como caladeros de ejercitantes aquellos grupos humanos, que, — a lo mejor, aun sin saberlo —, viven ya páginas, y páginas difíciles, del Evangelio? ¿No debemos reavivar la fuerza “misionera” de los Ejercicios, midiendo más y atendiendo más a lo que hay de “vida” en el futuro ejercitante, que a su “religiosidad”?

Tercer ejercicio

Buscar ese *subiecto*. No basta esperarle ni, por supuesto, acogerle con toda la bondad y disponibilidad del mundo, cuando viene. Es obvio que eso ha de hacerse. “Ese” *subiecto*. Fue el modo de proceder de Ignacio con Javier, Nadal, tantos... Ese previo seguimiento “misionero” de Ignacio pertenece a la esencia misma de los Ejercicios puestos en la Iglesia y en el mundo al servicio de todos y el que da ejercicios debe incorporarlo como propio.

Ejercicio de búsqueda de ese *subiecto*, hombre o mujer de arreligiosidad visible o de religiosidad no visible o, para ser más exactos, de religiosidad sin formas, o con otras formas, menos preocupados de las *f o r m a s*, y *m u c h o*, — mirando a sus obras —, de la vida. Es el “*idóneo para ayudar a otros*”, en frase certera de Ignacio. A fortiori si ya está “ayudando”, de hecho, desde la *ley interior*, que le proyecta a los demás, al precio de sí mismo, el hombre o mujer de honradez de vida, de solidaridad, servidor por talante, que lucha por la justicia, que no se deja comprar ni vender, el hacedor de paz... En el momento cultural de Ignacio ese *subiecto* no era tan común. Hoy sí. Tomarlo desde ese Evangelio, por el que ya va marcada su vida, — a lo mejor sin referencia consciente a él —, reconociéndoselo y ayudándole a reconocerlo él mismo, es una nueva vía de acceso todavía sin explorar, una iniciación a los Ejercicios, que obviamente tiene sus consecuencias inmediatas en la “aplicabilidad” de éstos, en innumerables formas de Ejercicios “leves”.

Son de actualidad hoy palabras como las que Ignacio, doce días antes de su muerte, escribe al P. Fulvio Androzzi, urgiéndole y motivándole a esta búsqueda:

Entre las cosas que suelen mucho ayudar, e intrínsecamente, los hombres, V.R. sabe que hay una muy principal: los Ejercicios. Os recuerdo, pues, que hay que emplear esta arma, muy familiar a nuestra Compañía. La primera semana puede extenderse a muchos juntamente con algún modo de orar; mas para darlos exactamente precisaría hallar sujetos capaces e idóneos para ayudar a otros, después que ellos fuesen ayudados; de lo contrario no debería pasarse más allá de la primera semana. Vuestra Reverencia extienda un poco los ojos a ver si puede ganar algunos buenos sujetos para el servicio del Señor, para los cuales la dicha vía es óptima; y también la frecuencia de sacramentos suele apretar no poco” (18 julio 1556).

La base fuerte de la búsqueda de este *subieto*, — el “ballar”, “*extender un poco los ojos a ver si puede ganar...*” —, que es este tercer ejercicio del que da Ejercicios, habrá de ser una relación personal, un cara a cara, un camino de acercamientos verdaderos, de escucha, de reconocimiento y apoyo de valores evangélicos auténticos, de desenmascaramiento de contravalores, de aceptación humilde de críticas justas a las mediaciones, que representamos quienes damos ejercicios, de paciencia, de espera... En este ejercicio, el que los da ha de tener, como Ignacio, mucho cuidado de no “anticiparse al Espíritu”, sino “*dejarse conducir y moderar por Él*” (M.Nad. IV 687), otearlo y señalar dónde está y cuáles son sus signos. Quien, como el *subieto* que tiene delante, puede haberse experimentado víctima de coacciones “religiosas” de diverso tipo, de imposiciones y dirigismos, ha de ser tratado desde un inmenso respeto, que se fundamenta en el inmenso valor de toda persona humana por el puro hecho de serlo. El que nos tiene Dios.

“Ayudar” no es endosar a los demás la propia experiencia, sino hacer aflorar la suya. Y, cuando ésta ha empezado, caminar a su lado, admirando, agradeciendo, intercambiando. Nada se repite, nada es igual, en el hacer de Dios. Pautas, fórmulas, recetas — nuestras jamás sustituirán sus iniciativas, que, tanto el que da ejercicios, como el que los hace, han de descubrir cada día, sin acelerar ni ralentizar ritmos.

Cuarto ejercicio

El de creer (y creer es vivir) que efectivamente *“entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para salud de nuestras ánimas”* [365] y vivir la consecuencia inmediata de que los arquitectos de esta Iglesia (y debemos serlo todos los cristianos) no podemos dejar de lado a las “piedras vivas” que el Espíritu Santo va tallando y preparando silenciosamente, por utilizar las que nosotros mismos creemos que tallamos según nuestros esquemas de construcción.

Construir la humanidad que quiere Dios construyendo la Iglesia que puso Jesús en la Historia para construir esa humanidad, sólo se logrará con “piedras vivas”, obradoras de caridad, no con piedras artificiales obra de la mano del hombre. No tenemos derecho a marginar, — por difíciles de ajustar según nuestros planos y esquemas de construcción —, personas que el Espíritu Santo misteriosamente va llenando de Evangelio, sin que ellas lo sepan y sin que otros se lo reconozcan. El que nos “precedan en el reino”, como afirma Jesús de publicanos, pecadores, prostitutas..., significa que nos preceden “construyendo” ya el reino. Tienen en sí lo que hace falta para construirlo: “recibir” (creer a Juan) y “transmitir” (ponerse a vivir) (Mt 21, 32).

Juan Pablo II describió así este “construir” el reino, hablando a las religiosas en Madrid (noviembre 1982): *“Vivid, como María, recibiendo y transmitiendo a los hermanos el Espíritu Santo y construyendo de ese modo la Iglesia”*. Aunque el Espíritu nos inunde a todos (Rom 5,5), hay quien no lo recibe; hay quien lo recibe y se lo apropia, que es como no recibirlo; hay quien, aun sin enterarse mucho, lo recibe y, empieza a pensar en los otros y a morir por ellos en el día a día. Ése construye.

“Recibir - transmitir”. En servir a este ejercicio respiratorio del alma, — que eso es la fe —, tienen su lugar propio los Ejercicios. El itinerario entre esos dos verbos tiene su equivalente en los verbos fuertes de las reglas para sentir la Iglesia [352-370]: *alabar* (tomar conciencia, reconocer, recibir...) y *tener ánimo aparejado y pronto para obedecer* (amar, — que ésa es la voluntad del Señor —, transmitirle a través de una obediencia responsable, de hijos e hijas maduros y libres).

Un análisis de la anotación 18ª, hecho, no desde el texto puro, como tal, sino desde la intención fácilmente perceptible en Ignacio al

escribirla, nos llevará a la conclusión de que el objetivo de la misma no es la fidelidad a un método y a sus variables, sino la fidelidad a personas irrepetibles y a sus pluralidades, las que el Espíritu va obrando y ellas viviendo. Toda persona es sujeto potencial de Ejercicios. El punto es saber abordarla desde la vida que hay ya en ella, no desde sus apariencias. Ni desde nuestros prefabricados. El que da ejercicios ha de “ejercitarse” en descubrir y abordar a estos portadores de vida.

Podría resumirse todo en la afirmación de que “dar Ejercicios” es un ministerio de *misericordia* activa y colaboradora con el Espíritu, “autor y dador de vida”. La pauta orientadora de esta colaboración es el ir, sin prejuicios ni programas previos y con toda nuestra capacidad de sorpresa abierta, a observar lo que hace. El ejercitante se nos convierte así, para los que damos Ejercicios, en “el que nos precede”, de hecho, con el Evangelio que trae, lo que nos liberará de la tentación de pretender dirigirle desde el Evangelio que creemos poseer.